

LA LEY DE LA REVOLUCIÓN, un libro indispensable

El hijo de Deodoro

El texto de Juan Cruz Taborda Varela sobre Gustavo Roca, defensor de presos políticos, amigo del Che y Salvador Allende, voz estridente de la denuncia internacional contra la dictadura, ilumina una biografía escamoteada.

Por Mónica Ambort



Parado frente a las cámaras de la Televisión Española, recién llegado del exilio, el 31 de diciembre de 1983 Gustavo Roca denunció por primera vez en democracia, las fosas comunes del Cementerio San Vicente.

Se presume, dijo entre las tumbas sin nombres, que allí había entre 60 y 70 cadáveres de hombres y mujeres jóvenes, quienes habrían sido prisioneros en el campo clandestino de detención La Perla, por donde, también presumiblemente, habrían pasado 2.000 prisioneros, de los cuales 1.900 fueron asesinados.

El abogado defensor de presos políticos, que durante siete años de exilio se dedicó a denunciar los crímenes de la dictadura cívico eclesiás-

tico militar instalada en Argentina en 1976, denunciaba in situ, donde, era un secreto a voces, estaban las pruebas fehacientes de los delitos de lesa humanidad perpetrados en el país. La Justicia argentina demoró décadas en llegar hasta el lugar y algunos años más, en llamar al genocidio por su nombre.

Este solo dato de su biografía, la temprana denuncia de las fosas comunes, sería suficiente para valorar su dimensión excepcional. Sin embargo, al poco tiempo Gustavo Roca fue detenido por la Justicia de la democracia (aun cuando Alfonsín le había dado, personalmente, garantías para que regresara), y ocho años más tarde murió casi en el ostracismo. Como un maldito,

a los 66 años, enfermo y más pobre que nunca. Después, limitados recuerdos públicos para este militante de la izquierda revolucionaria, acompañante del Che Guevara en el primer acto político al que concurrió el futuro guerrillero, amigo personal de Fidel Castro y de Salvador Allende, anfitrión de Pablo Neruda en su casa de Ongamira, confidente de Eduardo César Angeloz en los días previos al Cordobazo. Voz estridente del exilio, por cuya libertad, al ser detenido con documentos falsos en Dinamarca, pidieron hasta Edward Kennedy, Francois Mitterrand y Jane Fonda.

Los sectores conservadores cómplices de la dictadura no le perdonaron que junto con su

sempiterno socio y compañero de exilio, Lucio Garzón Maceda, denunciara ante el Comité de Representantes de la Cámara de Representantes de Estados Unidos las atrocidades del régimen, incluida su propia persecución: su estudio de abogado en pleno centro de Córdoba había sido saqueado, y sus libros y papeles, prendidos fuego.

De traidores a la patria, los acusaron. Fueron negados por sus propios hermanos y otro tanto hizo en Buenos Aires el director de *La Opinión*, Jacobo Timerman, quien no tardaría en padecer las mismas calamidades que Roca y Maceda ventilaban internacionalmente.

Antes del 55, Gustavo Roca defendía a los perseguidos del peronismo. Después, hizo lo mismo con los peronistas víctimas de la Libertadora; durante los 60 fue el abogado de los combatientes del Ejército Guerrillero del Pueblo; en 1972 negoció con Salvador Allende el salvoconducto para que los fugados de Rawson pudieran viajar a La Habana y en 1973 escribió el decreto presidencial que amnistió a los presos políticos.

Se comprende, que la Córdoba conservadora no haya querido a este hijo descarriado de su clase. Aunque nunca perdió del todo la marca de su origen, como lo hiciera su padre Deodoro -autor del Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria de 1918-, Gustavo enfrentó a los suyos con insolencia.

En *La Ley de la Revolución. Biografía política de Gustavo Roca*, el periodista cordobés Juan Cruz Taborda Varela, egresado de la ahora Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba, recorre palmo a palmo el itinerario familiar, la militancia estudiantil, su compromiso con la Revolución Cubana, una temprana decisión como abogado de defender presos políticos, aun cuando trabajaba en el bufet de su tío conservador, uno de los más prestigiosos del momento. Trescientas cincuenta páginas que van revelando en capítulos ordenados en torno a los episodios emblemáticos de su trayectoria, una vida que, se advierte en la introducción, poco ha sido registrada sistemáticamente en la historia contemporánea de Córdoba.

Está claro el silencio de la historia oficial. Pero qué de otros relatos. La respuesta se vislumbra

tras las líneas de Juan Cruz Taborda. Al descendiente de los Roca y los Deheza, emparentado con los Mitre, padrino de una Noble, sus posiciones revolucionarias lo hicieron intolerable para los suyos; y su eclecticismo, blanco de la desconfianza de muchos de sus propios compañeros de ruta. Inclasificable, Gustavo Roca. Su pasión era la libertad, coinciden muchos de los entrevistados por Taborda Varela. Por eso su elección por la defensa de perseguidos políticos no lo inhibía de patrocinar delinquentes comunes. Como el propietario de las piletas Pelopincho, acusado de firmar cheques en blanco, un hombre agradecido que años después no dudó en acudir al pedido de su antiguo abogado, y esconder a un Santucho clandestino.

Se comprende, que la Córdoba conservadora no haya querido a este hijo descarriado de su clase.

El libro del periodista cordobés surfea sin temor entre los pliegues de esta biografía. Es uno de sus grandes merecimientos. Recuperar una figura indispensable para entender la Córdoba de buena parte del siglo XX, sin sacralización ni concesiones.

El énfasis en el dato es otra de las riquezas del libro. Es una prolija, exhaustiva investigación que recurre a fuentes personales directas, testimonios de una generación que ya ha sufrido muchas bajas; que incorporados a este libro, quedan protegidos del olvido. Y abundante documentación, hasta ahora dispersa, incluyendo la propia producción de Roca, no hallable fácilmente.

El trabajo acredita también el mérito de su territorialidad. En un contexto de desbordante producción histórica y periodística de esos años mirados desde Buenos Aires, esta biografía anclada en Córdoba es un aporte necesario que descentra el porteñismo habitual de la historia argentina.

Esta biografía política de Gustavo Roca, se enco-

luma en una serie de libros periodísticos de la Córdoba reciente, novedad para la historiografía local, que ayuda a conocer, profundizar, debatir, avanzar en la comprensión de esas décadas de revulsión política y represión dictatorial. *La Sagrada Familia*, de Sergio Carreras; *La sombra azul*, de Mariano Saravia; *Cachorro*, de Camilo Ratti; *La vida por delante*, de Ana Mariani; *La Perla*, de Mariani y Alejo Gómez Jacobo; *Todo lo que el poder odia. Una biografía de Viviana Avendaño*, de Alexis Oliva; *Abuela Sonia*, de Griselda Gómez y Mariana Romito, junto a la investigación de Fabián García sobre Mackentor, la empresa que se robaron las huestes de Menéndez, que pronto presentará Sudamericana, y otras en marcha, de Marta Platía sobre La Ribera, y una más de Ana Mariani con la colaboración de Mariela Parisi. Hasta la irrupción de estos libros, pasaron muchísimos años desde que Roberto Reyna escribiera *La Perla II*, en 1984.

Una pléyade de trabajadores de prensa cuya producción se suma a la creciente saga de libros periodísticos en Córdoba, muchos de cuyos autores y autoras buscan el espacio y la libertad de investigación de la que carecen en medios tradicionales; o en la rutina diaria. Son periodistas que, en general, escriben sin banca. Precarizados, de contrato en contrato. Microemprendedores, o monotributistas. Unos pocos, con salario en algún medio. Y el autor de la biografía de Roca, a quien el estrellato televisivo no le nubló la mirada. Líberos y líberas, que buscan escribir sin patrón.

La casa del hijo de Deodoro era un hervidero, contó Noé Jitrik al recordarlo. Por ella deambulaba gente de todo pelaje. De la Córdoba tradicional, y embriones de revolucionarios y sindicalistas. Gustavo Roca era un puente entre toda esa diversidad. "Su generosidad, su brillo intelectual y su apertura a los discursos más encontrados, lo hacían una expresión de lo más genuino e interesante de Córdoba", dijo Jitrik.

Una biografía indispensable, la que escribió Juan Cruz Taborda Varela.